

El rostro misericordioso de Dios: *la parábola del hijo pródigo*

Lc 15, 11-32

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

Hijo rebelde y desalmado

El hijo menor pide, o mejor dicho exige, a su padre un lote de la fortuna familiar. El padre respeta la libertad de su hijo y, sin replicar nada, reparte los bienes entre los dos hermanos.

Después, el hijo menor, reuniendo todo lo suyo, abandona la casa paterna y se encamina a un país lejano... lejano espacial y espiritualmente. Podríamos decir que se comporta de una manera muy egoísta y “narcisista”, todo avocado solamente en sus derechos y proyectos. No le importa ni la vida, ni la salud de su padre; puede también morirse... En efecto, pedir la herencia es como tratar a su padre como ya fallecido.

El fracaso y el arrepentimiento

Lejos de la casa del padre –fuera de metáfora: lejos de Dios– el hijo menor sólo puede encontrar un fracaso rotundo. “Se ajustó con uno de los habitantes de aquel país”: había abusado de su derecho, al obligar a su padre a repartir la herencia; ahora tiene que “ajustarse” a las condiciones que le impone un desconocido. “Lo mandó a sus campos a cuidar cerdos”: el trabajo más degradante para un judío, con animales “impuros”.

Frente a esta situación desesperada, decide regresar a la casa del padre: la razón fundamental es el hambre; no quiere volver por amor a su padre, ni para reconstruir la unidad familiar. Aparece, sin embargo, una segunda reflexión: “He pecado contra el cielo y ante ti”; se da cuenta de que él ha pecado. Su situación no es fruto de la casualidad ni de la mala suerte: él mismo ha desordenado y arruinado su vida. Toma la única decisión lúcida: “Levantándose, volvió a su padre”. El pecado ha dejado secuelas en su vida: no se siente “hijo”, se presentará como “jornalero”.

La frialdad y la insolidaridad

“Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música...”. Él había seguido trabajando en las duras faenas del campo, mientras su hermano dilapidaba la fortuna viviendo licenciosamente. Durante largos años sirvió a su padre sin desobedecer una sola orden, pero nunca disfrutó de un cabrito con el que celebrar una fiesta con los amigos. Ahora ve cómo el hermano menor es festejado con un ternero cebado. ...Está indignado y muy molesto, también enojado con su padre, a quien acusa de ser injusto. No quiere participar de la fiesta.

También en el hijo mayor encontramos la actitud narcisista: su “yo” es lo más importante; no le interesa la vivencia (de sufrimiento antes y de gozo después) probada por su padre.

¿Por qué no intentar ser “como el padre”?

Al padre “se le conmovieron las entrañas”: esta expresión refleja el aspecto maternal del amor y la ternura. A una madre, en el momento de dar a luz a su hijo se le conmueven las entrañas. El padre de esta parábola acoge de nuevo en su regazo al hijo perdido, vuelve a engendrarlo a una vida nueva. La fiesta es expresión de gozo por este nacimiento.

Vuelve a dar al hijo reencontrado su dignidad perdida. El beso afectuoso con que el padre recibe a su hijo adquiere la connotación del “amor de amigo”. El padre ha mostrado un amor “maternal y paternal”, pero manifiesta también la perspectiva “amistosa del amor”. Santo Tomás de Aquino decía que la amistad es la forma privilegiada del amor, porque es una relación que brota de la libertad. El padre es “padre” por naturaleza pero se convierte en “amigo” por opción.

El hijo mayor había permanecido siempre con su padre, obedeciendo sus mandatos y aplicándose en las tareas. Pero había permanecido cerrado a la actitud amorosa del padre: es como las piedras sumergidas en el agua, pero que en su interior están resacas.

Vida y muerte

En el fondo de estas actitudes de los protagonistas de la parábola, radica una opción básica distinta: el Padre representa la opción que hace nacer la vida, mientras los hijos muestran la opción que los conduciría a la muerte: “...porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida”, “...este hermano tuyo que estaba muerto ha vuelto a la vida”. Nuestro Dios es el Señor de la vida. Su opción por sus hijos es la vida: él desea que vivan en plenitud física, psicológica y espiritual.

El rostro de Dios Padre

Este Evangelio nos presenta el verdadero rostro de Dios. Tal vez nos imaginamos a Dios como un ser serio, vengativo. Aquí Jesús nos presenta a Dios como Padre y Padre misericordioso. Frente a un Padre así, que no es como los padres terrenales, no podemos sentir miedo, al contrario debe brotar un sentimiento de liberación y de agradecimiento.

Todo el discurso de Jesús es polémico; está hablando a los escribas y fariseos que se quejaban de que Jesús hablara y comiera con los pecadores y publicanos. Jesús echa en cara a estos hiper-críticos de su actitud misericordiosa, las contradicciones y la dureza que había en el corazón de ellos.

Somos estos personajes

Podemos identificarnos con los personajes.

Podemos ser a la vez el hijo menor que toma decisiones equivocadas, pero que sabe arrepentirse y volver. Podemos ser como el hijo mayor que siempre está cerca del Padre, pero no asimila su mentalidad; se queda, como los fariseos de todos los tiempos, con el corazón frío, sin misericordia (“Este hijo tuyo” y no: “Este hermano mío”).

Podemos también identificarnos – y esto es más difícil – con el padre, cultivando sentimientos de misericordia. Tenemos todavía la mentalidad del Antiguo Testamento, del ojo por ojo: el mensaje de Jesús, que molestó tanto a los fariseos, nos molesta también a nosotros porque nos sugiere otras actitudes, las de Dios...

En un cuadro famoso, Rembrandt nos presenta esta escena. El padre está ciego, como para decir que Dios no quiere ver los pecados, los límites humanos: tiene ojos de compasión y de misericordia frente al mal. El mismo padre tiene las manos diferentes, una masculina y

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 27 (2007)

otra femenina, para señalar la misericordia paterna y materna de Dios que abraza al hijo re-encontrado. El hijo menor tiene la cabeza apoyada en el regazo del padre, como para decir que el perdón es algo que nos engendra a una nueva vida. En esta pintura está también el otro hermano, quien está alejado con una expresión de inconformidad; no participa del gozo del perdón, de la misericordia y de la reconciliación.